

Después de haber dado, por vía de ensayo, algunas doctrinas confirmadas con ejemplos acerca de la importancia de distinguir las palabras llamadas sinónimos por los retóricos, y que no reconoce como tales la crítica y la filosofía: falta entrar en otro exámen no menos necesario á la propiedad del lenguaje, y es el tino y conocimiento en el escogimiento de las voces técnicas y facultativas, ya sea en el estilo narratorio, ya en el descriptivo, ya en el figurado.

*De las palabras facultativas.* — Como la propiedad de los términos no es otra que la de los signos que el uso ha consagrado para representar las ideas que queremos espresar: la exactitud del lenguaje depende también de la acertada elección de las voces técnicas, es decir, de las propias y peculiares de cada arte y ciencia. Es tan importante este conocimiento, que por falta de él, cierto escritor místico, queriendo comparar las diligencias del justo que pelea contra las tentaciones, con la prevención de un general antes de entrar en batalla, dice: *El buen capitán en primer lugar debe registrar los soldados.* Sin duda ignoraba el autor que el registrar es propio de guardas de puertas, y de cirujanos, y el *revistar* de generales.

Cada ciencia, cada profesion tiene su vocabulario peculiar, cuyo conocimiento es mas necesario de lo que se cree al buen escritor; porque, como las palabras no son signos naturales, sino convencionales, de las cosas; significan exclusivamente aquello que los hombres han querido, habiendo aplicado unas á unos objetos, y otras á otros. Y como por el transcurso del tiempo el uso inconstante, ó tal vez la necesidad, haya

aumentado las diversas acepciones de una misma voz, segun se han multiplicado y diversificado los conocimientos, las ocupaciones, y los tratos de la vida civil; nadie dudará que la falta de precision, de correccion, y de claridad en el mayor número de los escritores, no dimanase de la falta de este discernimiento, parte tan esencial de la elocucion.

Para dar una muestra de cuan necesario es este discernimiento entre las diferentes acepciones de una misma voz, sabemos que el nombre *columna* es un término propio de la arquitectura; pero después la física lo ha adoptado para representar la forma de ciertas masas, como una *columna de agua*, una *columna de aire*. Ha venido después la táctica militar, y la ha empleado para significar ciertas formaciones y maniobras, como *columna de infanteria*, *formar en columna*, *marchar en columna*, etc.

Para hablar con propiedad, debemos huir de los términos vagos y generales del lenguaje comun, si hemos de introducirnos de intento, ó por necesidad, en la region de alguna ciencia ó arte que tiene su idioma propio. Por ejemplo: *medio* es una voz comun y usual para significar el punto ó parte que está á igual distancia de dos extremos de cualquier cuerpo ó espacio. Sin embargo, hablaría con poca propiedad el que dijese: *La caballeria rompió el medio del ejército*, debiendo decir rompió el *centro*, que es la voz usada por los tácticos y en la ordenanza militar. Lo mismo podemos decir de esotra voz comun *lado*, que en la formacion de un batallon ó escuadron se convierte en *costado*, y en la de un ejército se llama *ala*.

Pertenece igualmente á este género de impropiedad técnica el uso de aquellas palabras añejas que, no solo en la profesion militar, sino en las demas facultades, se han ido sustituyendo por otras, á proporcion de los progresos é innovaciones en cada una. Hoy, por egemplo, se haria ridiculo el escritor que dijese, volviendo á la profesion de las armas: *peones* por infantes, *escuadron* por batallon, *pelotas* por balas, *tiros* por cañones, *cuernos* por alas, *hileras* por filas, *cabos* por gefes, *presidio* por guarnicion, *ordenanza* por formacion, *comando* por mando, *interpresa* por sorpresa, etc. Y no solo nos haríamos ridiculos con este language, sino que ganaríamos el concepto de ignorantes, ó de pedantes, que arguye vanidad y estravagancia cuando el que habla no ignora el moderno vocabulario del arte. No por esto se ha de entender con tanto rigor esta regla general, que se obligue al orador y al poeta á seguir el language del escritor militar que narra los hechos de un sitio, ó de una batalla, ó escribe un tratado científico del arte. Entónces seria otro género de pedantería, de que no debe huir menos el historiador político, cuya narracion no ha de descender á tanta precision y rigor científico, principalmente si refiere hechos de la milicia de tiempos antiguos. En este caso podrá usar de la voz *cabo* por gefe, de *caudillo* por general, de *capitan* por comandante, de *peones* por infantes, de *asedio* por bloqueo, de *partido* por capitulacion, de *espugnacion* por combate, de *despojo* por botin, etc. Pero aun en estos casos se ha de proceder con mucho cuidado y conocimiento; no sea que se equivoquen las cosas que pertenecen á un ramo con las que pertenecen

á otro, como aconteció á un panegirista moderno que usaba de los nombres de *campeon*, *atleta*, *adalid*, narrando una batalla naval; sin acordarse de que son propios de la milicia terrestre.

Las palabras antiguas no son siempre anticuadas cuando el historiador usa de alguna de ellas en tiempo y sazon; y entonces, todo lo que tienen de vejez, ganan de gravedad, así como ganan de claridad, y nobleza todo lo que tienen de acepcion mas general. Á la verdad las palabras rigurosamente técnicas, humillan al estilo, al paso que le dan propiedad, descendiendo á objetos menudos ó demasiado mecánicos para que entren con su propio nombre y figura á ocupar lugar entre las partes de la elocucion.

Si solo en el vocabulario del arte militar, que proponemos por egemplo en la materia que aquí se trata, se han ofrecido tantas observaciones para fijar de algun modo la propiedad en el uso de las palabras; cuánto podríamos advertir en el de la fisica, náutica, medicina, anatomía, etc. ! Y cuánto sobre la filosofia de las ciencias naturales, que habiendo multiplicado y subdividido las ideas, ha inventado voces, ó mudado las acepciones de las ya recibidas! Así no dirémos hoy el *entendimiento*, sino la *mente* de la ley; no la *discrecion*, sino el *discernimiento* de lo bueno; no las *disciplinas*, sino los *estudios*: no los *saberes*, sino las *ciencias*, etc.

Y como de esta gran diversidad de diccionarios facultativos se componen la lengua científica de una nacion; el orador, el historiador, y el filósofo, ya que no puedan poseer todas las profesiones, deben, á lo menos, no ignorar su peculiar language; ó no internarse sin este repues-

to en su jurisdicción. No se puede exigir del escritor mas docto que sea á un mismo tiempo *tác- tico, físico, marino, arquitecto, botánico, ana- tómico*; pero no por eso ha de ignorar aquellos términos que necesite para describir ó comparar algun objeto ú hecho marcial, algun arcano de la naturaleza, algun fenómeno celeste, alguna regla de las artes ó alguna maniobra de la navegacion.

Ninguno de ellos debe hablar con la ostenta- cion científica de un *discertador* que quiere lucir sus conocimientos, ó de un profesor que dogma- tiza, ni menos internarse en los secretos, ni en la teórica de cada arte ó ciencia. Les bastará que usen siempre de los términos de una acep- cion mas general y conocida, bien que siempre peculiares á las cosas de que tratan: y el orador particularmente solo se servirá de ellos como imágenes para sus símiles, comparaciones, me- táforas, emblemas, y alegorías, en las que es preciso guardar el lenguaje análogo al objeto de donde se sacan; y por esta razon deben ser las palabras mas generalmente conocidas.

Ridícula vanidad muestra un orador cuando, olvidandose de que habla á la comun inteligencia de los hombres, anda á caza de voces y locucio- nes técnicas, mayormente en las metafóricas, las cuales no emplea por necesidad, sino por ornato. Pedantería, envuelta en oscuridad, es decir: la *explosion de su ira, la oscilacion de la concien- cia, el movimiento retrógrado de los estudios*, etc. palabras sacadas violentamente de la artille- ría, de la mecánica, y de la astronomía. ¿No es mas claro y propio, sin dejar de ser metafórico, el *desaogo* de su ira, los *latidos* de su concien-

cia, la *decadencia* de los estudios? Este es el vicio que ha contaminado á la elocuencia moder- na introducido por el mal gusto de algunos es- critores fanceses: de lo cual hablaremos mas adelante, tratando de los símiles y comparaciones.

Pertenecen tambien á la impropiedad de la dic- cion todas aquellas palabras que aunque tengan una misma significacion general, el uso y la rec- ta propiedad las han aplicado á distintos objetos. Aunque estas voces *instituto, estatuto institucion, regla, ordenanza, y reglamento* abrazen una misma idea general, y que en los tiempos pasados se sirviesen de ellas indistintamente muchos de nuestros escritores; el uso moderno, mi- rando el sentido de cada una á mejor luz, les ha señalado su peculiar oficio. Así diremos: los *institutos* religiosos, piadosos, literarios; los *es- tatutos* de una academia, de una hermandad, las *instituciones* sociales, legales; la *regla* de S. Benito, de S. Agustin; las *ordenanzas* mili- tares, gremiales, municipales, los *reglamentos* de policia, de oficinas, etc.

Serian innumerables los egemplos que se po- drian presentar para prueba de que en cada siglo se altera y se disloca el lugar que antes ocupa- ban ciertas voces en el diccionario de una lengua, á medida que se rectifican y estienden las ideas, se renueva el gusto, y se mudan las costumbres.

Hay, sin embargo vocablos y frases que el uso ha autorizado de tal modo, que toda alteracion en ellos seria un crimen contra el comun sentir, aunque no ofendiese á la gramática, ni á la ín- dole de la lengua. Decimos: para cuatro dias que hemos de vivir: y no diremos para cinco ni para seis. — *Voy á escribir ó á poner á N. dos líneas,*

ó *cuatro líneas* y no dirémos tres, ni cinco.—Decimos *viva V. mil años*, y no ciento, porque ya hay quien los vive, y en este caso no sería tan obsequioso nuestro deseo, no habiendo encarecimiento; mas tampoco decimos dos mil, ni tres mil años, porque esto sería un desvario. Decimos; *ni de cien leguas le parece*, por exageracion: y no de ochenta, ni noventa, que parecería cuenta ajustada, y no hiperbólica. *A las mil maravillas*, decimos tambien por exageracion, y no á las ciento.

Este mismo uso tiene autorizados ciertos nombres latinos en nuestro idioma, que sería ridiculo y estravagante verter en romance; como los consagrados á la astronomía, por egemplo, para los signos del Zodiaco, los de Aries, Piscis, Acuario, Cancer, Libra, Geminis, etc., que sonarian humildemente con las voces comunes de *carnero, peces, aguadera, cangrejo, balanza, mellizos*, etc.

*De los Arcaismos.*—Entre los vicios contrarios á las virtudes de la propiedad, se cuenta aquel abuso que hacen algunos escritores de las palabras anticuadas, ó ya desusadas en la lengua. Este vicio nace, unas veces de falta de conocimiento de los límites á que se estiende esta licencia en la prosa: y otras de pura afectacion, que es lo comun. Muchas cosas son permitidas al poeta, que al orador no se perdonan. Muchas no caen mal al estilo festivo y satirico; que desdorarían al culto y sério. Aquí entra el buen gusto y la fina discrecion del escritor, para distinguir los casos, los lugares, las circunstancias, y la naturaleza de la materia, y la ocasion y el modo con que ha de mezclar lo útil con lo dulce. Las

regla y los ejemplos están en los buenos modelos: y de su lectura y su estudio se formará cada uno los preceptos.

El que ignore los límites hasta donde puede alcanzar el uso de las palabras de antigua alcurnia, y no sabe medir el intervalo que el tiempo y el uso han dejado entre una y otra de igual significacion; creyendo hablar castizo, hablará rancio, casando colores muertos con otros brillantes: por egemplo, *enderezar una epistola*, por dirigir una carta: *ver salir las naos*, y no las naves, ni navios: *doblar el promontorio de Buena Esperanza*; y no el Cabo: *desfucen tuer-tos*, por vengar injusticias, etc.

Otros hay que, por dar mas autoridad á su estilo, y mas pureza á su dición, pretenden autorizar su sabiduría y erudicion, remozando voces viejas, y resucitando otras muertas; como *aina* por pronto; *guisa* por manera, *ende* por de allí; *luengo* por largo; *apostura* por gentileza, etc. Estas y otras de antigua fábrica se permiten al poeta, y solo al prosista en asuntos burlescos y satiricos.

Cuando en esta eleccion de palabras se descubre, el cuidado y vanidad del escritor, que casi nunca se puede disimular; se descubre tambien el vicio del arcaismo. Verdad es, que las voces antiguas y traídas de la vejez, segun dice Quintiliano, no solo tienen quien las defienda y acorja, y estime, sino que dan magestad á la oracion, y no sin deleite, porque tienen consigo la autoridad de la antigüedad, y les da valor, digámoslo así, aquella religion de su vejez. Y por quanto están desusadas y puestas en olvido, tienen gracia semejante á la novedad. Y ademas su anti-

güedad misma les da dignidad, porque las palabras no usadas de todos hacen mas venerable y admirable la oracion. Pero, como en todo importa la moderacion, no han de ser muy frecuentes ni manifiestas, pues no hay cosa mas odiosa que la afectacion; ni traídas de los mas remotos tiempos, ni del todo olvidadas. El uso, certísimo maestro de hablar, y el language con que hemos de publicar nuestros conceptos, ha de ser tratado y recibido como la moneda que corre.

Hay voces antiguas que por ninguna razon se han de considerar como anticuadas; usadas en la conversacion manifestarian afectado purismo; pero á los escritos graves y discursos patéticos comunican, ya dulzura, ya magestad, usadas con templanza y con oportunidad. Tales son, *ánima* por alma, *dulcedumbre* por dulzura, *consolacion* por consuelo, *contentamiento* por contento, *pesadumbre* por peso, *rando* por rápido, *humanal* por humano, *divinal* por divino, *terrenal* por terreno, *mundanal* por mundano, *perenal* por perene etc. Estas palabras reciben su autoridad de la que goza el orador ó escritor, como cuando decimos *huestes* por egércitos, *adarve* por muro, etc.

Hay otras voces que, no por antiguas, sino por anticuadas, y desusadas, no deben introducirse en ningun género de estilo, ni en el trato comun. Tales son *abastanza* por abundancia, *tocamiento* por tacto, *conorte* por consuelo, *caudal* por principal, etc. Esta afectacion de voces y frases anticuadas, segun la espresion de Saavedra en su República Literaria, es como la de aquellos que se tiñen las barbas para hacerse viejos, y de otros por parecer mozos.

En esta clase se pueden contar las puramente

latinas, ó latinizadas, que es otro género de pedanteria que cundió generalmente en otros tiempos, y formó gran parte del culteranismo. Por el deseo de pasar por eruditos y humanistas huían los escritores del language de los romanistas, y caían en el de la bachilleria. Así, por no hablar con claridad castellana, decian sin ninguna necesidad: *Está muy proveyecto en la filosofia*, en lugar de muy adelantado; *gárrulo* por charlante; *almo* por puro; *rutillante* por brillante; *inópia* por pobreza; *mensura* por medida; *cubiculo* por aposentillo, etc.

He dicho que estas palabras se usaban sin necesidad, porque no carecia de las correspondientes y espresivas la lengua materna. Era tambien un resábido de los estudios escolásticos, en que se despreciaba el buen castellano, y se corrompia el buen latin. De aqui vino el mal gusto de mezclar en el estilo, ya oratorio, ya filosófico, los vocablos de la escuela, del foro, de la jurisprudencia, y de la medicina; de suerte que el que no latinizaba, ó grecizaba, no gozaba de nombre de literato; ni de docto escritor.

No pretendo por lo que dejo dicho, que se hayan de desterrar sin remision todas las palabras puras del latin, ó del griego, ó derivadas, ó compuestas de estas dos lenguas, pues de ellas han recibido el vocabulario científico y doctrínico las vulgares. Hay escritos didácticos y doctrinales, en que el moralista, el teólogo, el jurisperito, el físico, y el matemático diserta, explica y enseña; y para esto ha de recurrir al vocabulario de su profesion. Pero el discurso elocuente no admite diccion estrangera, esto es, la latina, sino en los casos en que la propia carece

de la voz por no existir las cosas entre nosotros, como, *pretor, centurion, edil, tribuno*; y en aquellos en que es preciso dignificar la espresion vulgar, llamando *matrona* á la partera, *varon* al macho; ó para evitar los circumloquios, consultando con la brevedad, como: *oficioso*, por no decir aficionado á hacer buenas obras: *benefico*, por no decir inclinado á hacer bien: *inexorable*, por no decir sordo á los ruegos.

Por la misma razon se admiten algunos nombres griegos, como *filantropia, misantropia, filáucia, afrodisiáco, patético*; y esto en el estilo filosófico, polémico, y didáctico, porque en el oratorio caerian muy mal dicciones que no hablan al corazon, ni á los sentidos; ó para cubrir la indecencia con el velo de una palabra latina ó griega que, sin ser mas honesta en si misma, lo es mas en su sonido, y por menos conocida, es mas decente, como: *estrupo, nefando, meretriz, onanismo, priapismo*, etc. Lo mismo sucede con el escándalo en los hechos ó dichos, que se aumenta, y es mas grave á proporcion del número de espectadores ó de oyentes.

Si es vicio en un escritor cuerdo y grave afectar esta curiosidad de buscar, sin necesidad ni utilidad alguna, estos vocablos de dos lenguas tan ricas, nobles y sábias, de cuyas raices nació la nuestra; qué nombre daremos á los que inventan otros extraordinarios, y fuera de la comun inteligencia, y uso, por abrirse nueva senda á su reputacion? y á los que, por descuido, por desafecto á su propio idioma, ó por ignorancia de la gala y riqueza de él, adoptan del francés lo que, á su parecer, no les puede suministrar el suyo? Por ignorancia, y tambien por

aire de cortesania, van estrechando los dilatados términos del idioma castellano; de suerte que, segun cunde este desorden, ninguno será mas pobre y escaso, siendo de dos siglos á esta parte el mas abundante y rico de todos los vivos. Las continuas lecturas de obras francesas desde la niñez, con el embeleso del estilo, y la curiosidad de las materias, ha trasformado los lectores en panegiristas de aquella lengua, sin darles lugar á distinguir la gracia del decir de la grandeza y energia del idioma. Así, cuando traducen, escusan nuestras dicciones puras, propias y elegantes, y aun las mas usadas y comunes, por delicado gusto; mas yo digo que por falta de estudio y de conocimiento. La mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos mas puros, hermosos, y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombres cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestro idioma no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño; vendrá una época en que no alcanzará el remedio. Hemos llegado á tiempo en que se pueden perdonar los arcaismos por no caer en los galicismos: aquellos á lo ménos tienen su cuna y su alcurnia en nuestro pais; y estos son intrusos y advenedizos.

No pretendo ahora presentar egejmos de este abuso que muchos hombres sabios y celosos tocan y lloran dias hace, porque seria obra no de un solo volumen: inútil trabajo para el desengañado cuando basta al curioso releer con reflexion y desconfianza las innumerables traducciones que compró y leyó sin ella, pues no las voivió á los librereros. ¿Qué necesidad tenemos de la palabra *bolsa*, teniendo en español *tonja de comercio*, ó

*casa de contratacion? ni de sociedad, teniendo trato civil? ni de sentimientos, teniendo afectos? ni de genio, teniendo ingenio? ni de transporte, teniendo enagenamiento y raptó?*

Cesando yo de hablar en mi nombre alguna vez sobre esta materia; imploro la autoridad y juicio de Lope de Vega, quien en alabanza de una cancion de Herrera, que con sola la elegancia de la lengua castellana supo levantar la alteza de la sentencia puramente á una locucion heroica, dice: «Esta es elegancia, esta es blanda, y hermosura, digna de imitar y de admirar: que no es enriquecer la lengua dejar lo que ella tiene propio por lo estrangero, sino despreciar la propia muger por la ramera hermosa.»

#### ARTICULO IV.

##### DE LA ELECCION DE LAS PALABRAS QUE FORMAN LA ELOCUCION.

Despues de haber tratado de las palabras en cuanto son instrumentos para hablar con propiedad y exactitud; falta considerarlas ahora con respecto á la elocucion oratoria. Para esto es necesario cierto tacto en su eleccion, escogiendo no solo las mas propias y castizas, las mas autorizadas y claras, sino las mas enérgicas, ilustres, significantes, y escogidas con tanto acierto que su belleza dé luz al orden, y la hermosura del orden dé esplendor á las mismas palabras.

De la habilidad del artifice saca su estimacion la materia mas comun, dándola con su destreza las formas y vista que pide el buen gusto, ó la

comodidad de los compradores. Y como las palabras son la imágen de nuestras ideas; siendo estas nobles y grandes, deberán ser aquellas escogidas como galas para cuerpos nobles. Las selectas espresiones andan unidas con las cosas selectas, y las siguen como la sombra al cuerpo. Y erran seguramente los que creen que se pueden buscar las palabras fuera del asunto: lo que importa es saberlas elegir, y emplearlas cada una en aquel lugar que dé valor y gracia al pensamiento.

*Palabras figuradas.*—Es cosa maravillosa el ver como unas palabras que se hallan en boca de todo el mundo, y que en sí mismas no tienen hermosura alguna particular, reciben cierto lustre que las separa del lenguaje comun, y las traslada el escritor á objetos que no pueden admitirlas sino por semejanza; y como de esta misma impropiedad saca su fuerza y virtud la locucion.

La palabra *relampaguear*, como efecto de la inflamacion del rayo, es un término propio y sencillo; mas cuando lo usamos para espresar la vista airada de un hombre, decimos: *sus ojos relampaguean*; y entonces los pintamos con mas vivacidad.

Un elocuente historiador, pintando el estado del Asia, despues de las victorias de los Califas, dice así: *El Asia, abrumada por el poder arbitrario, y hollada de bárbaros conquistadores, se divide en vastas soledades: teatro de desolacion y miseria, que no merece los ojos de la historia.* De las palabras *abrumada*, *hollada*, *teatro*, y *ojos*, colocadas y aplicadas por un modo metafórico que personifican al Asia, y despues á la historia, ¡qué viveza, energía y grandeza no toma la espresion de toda la sentencia!